



bueno como malo, se renuncie a mantener la misma necesidad de distinguir lo bueno de lo malo al nivel del poder constituido.

Más importante que ello, y volviendo a Spinoza, ¿realmente hace falta ir a la búsqueda de “un protocolo por el cual separar lo bueno de lo malo” (p. 237)?, ¿puede ser “lo bueno” tan similar a “lo malo” como para exigirnos una regla que permita diferenciarlos?, ¿debemos darnos una ley que nos diga cuándo una multitud aumenta su potencia de actuar y cuándo la disminuye? La **Ética** es el mapa de una realidad en la que nada vale lo mismo, y en ese sentido puede decirse que ningún pensamiento moderno estuvo más cerca de hacer de la diferencia un imperio que el de Spinoza. Pero esas diferencias no se miden, ni mucho menos se juzgan, a partir de una regla o de un catálogo de reglas. Cada modalidad de la sustancia, cada individuo, grupo o comunidad, expresa de cierta y determinada manera la realidad, y cada expresión se distingue de las demás por el grado de realidad que inmanentemente afirma. La mera pregunta “¿cómo distinguir?” es anti-**Ética**, puesto que supone que la diferencia es exterior a la realidad misma. Sies cierto, como quería Spinoza, que no nos esforzamos por nada, lo queremos, apetece nos ni deseamos porque juzguemos que es bueno, sino que, por el contrario, juzgamos que algo es bueno porque nos esforzamos por ello, lo queremos, apetece nos y deseamos (**Ética** III, Proposición IX, Escolio), el intento de elaborar un protocolo que permita distinguir entre lo que aumenta nuestra potencia de actuar y lo que la disminuye revela cuán lejos de Spinoza se desenvuelve esta teoría.

Esa lejanía se vuelve a corroborar, finalmente, en la opuesta distribución de afecto y racionalidad que Beasley-Murray asigna al mundo desarrollado y al mundo que no lo es —algo difícil de colegir de una filosofía como la de Spinoza, que cifra en el deseo la esencia de todos los seres humanos. Porque aun cuando **Poshegemonía** parte de, y desea incidir en, Latinoamérica (cuya unidad acepta como un *a priori* que nunca pone en duda), por oposición habla al mismo tiempo de la América no latina, del subcontinente desarrollado. Aunque este aparece explícitamente mencionado pocas veces a lo largo del libro, es su otro (o, quizás mejor, América Latina es el otro de la América desarrollada) y su presencia tácita se percibe tanto en los argumentos como en el tratamiento de los ejemplos históricos. Esa América, la rica y poderosa, está caracterizada como un territorio de racionalidad casi sin afectos, contracara de una Latinoamérica a menudo descrita como un territorio de afectos casi sin racionalidad. “Hay así una relación compleja”, afirma Beasley-Murray cuando comenta la utilización que hace Hollywood de Carmen Miranda, “entre el afecto latino y la razón occidental que es a la vez refuerzo y subversión” (p. 129). En esta ecuación de pasión y racionalidad, la “explotación del afecto latino” haría las veces de una medicina, casi una droga, para la América no latina. “Una economía de los sentidos salva la razón, como una inyección en el brazo”, concluye Beasley-Murray, “pero también demuestra la dependencia adictiva que la razón tiene de lo sensual tanto como de lo espiritual” (p. 129). La sofisticación racional (norteamericana) es salvada por el primitivismo afectivo (latinoamericano). La sensualidad salva el cálculo y la locura sana la razón, en secuencias que siempre

encuentran a la América desarrollada del lado del cálculo y la razón y a su otro, la América Latina, del lado de la sensualidad y la locura. De este modo, la denuncia de la explotación que el mundo desarrollado haría del “potencial afectivo” de los latinoamericanos trafica una subvaloración de su “potencial racional”.

Críticas aparte, **Poshegemonía** aspira a remover las aguas del pensamiento político contemporáneo y a poner en discusión los instrumentos de los que nos valemos para comprender el orden social y las posibilidades de transformarlo. Dentro del universo académico, donde más se ha visto cumplida esa aspiración es en el ámbito de los estudios literarios, especialmente al interior de los departamentos de Español y Portugués norteamericanos. En otros ámbitos, la discusión de las tesis de **Poshegemonía** quizás encuentre un público menos amplio que la de sus supuestos. Entre ellos, el que la hizo posible como especulación teórica: ¿estamos realmente ante una nueva era?, ¿vivimos tiempos esencialmente distintos a los que caracterizaron nuestro pasado reciente? Toda época busca novedad en su seno; la historia muchas veces luego se encarga de encontrar permanencias y estabildades allí donde los contemporáneos gustan percibir cambios e irrupciones. Pero nada quita legitimidad y pertinencia a la pregunta. Más cuando la respuesta que ofrece **Poshegemonía** es doble: vivimos tiempos poshegemónicos, distintos de los que caracterizaron a la era de la hegemonía; pero al mismo tiempo nunca existió tal cosa como una hegemonía, y por tanto siempre hemos vivido un tiempo poshegemónico. No son estas las únicas respuestas posibles a aquellos interrogantes. Sea cual fuere la nuestra, lo que en ningún caso podremos evitar es una reconsideración de los problemas que articulan el orden social contemporáneo y una evaluación crítica de las herramientas conceptuales con las que pretendemos hacerles frente, senderos en los que **Poshegemonía** ha sentado ya una posición.

Poshegemonía

Notas sobre un debate

Marcelo Starcenbaum*

I.

Hacia el año 2005, la editorial inglesa Pluto publicó un libro del sociólogo canadiense Richard Day que llevaba como título **Gramsci is Dead**.¹ Tal como indicaba el para nada eufemístico título, su libro proponía un reexamen de los esquemas interpretativos a través de los cuales se había pensado la acción política durante el siglo XX. Tomando como referencia la experiencia de los movimientos anarquistas y anti-globalización, Day sugería que las nuevas formas que por entonces adquiriría la intervención política —acción directa, decisiones colectivas, *spokecouncils*— implicaban el cierre de un ciclo político caracterizado por la *hegemonía de la hegemonía*. Ese mismo año, la editorial Siglo XXI reeditaba un clásico de la historia del pensamiento marxista en América Latina, **La cola del diablo** de José Aricó.² Como es ampliamente conocido, aquel texto consiste en un relato de la encarnadura política y teórica de Gramsci en la izquierda argentina y latinoamericana. A modo de explicitación de las singularidades de su historización, Aricó se dirigía sin rodeos al lector de su obra: “desde hace más de treinta años la figura de Gramsci me acompaña como la sombra al cuerpo, como una presencia que acude diariamente a mis llamados y con la que entablo infinitas disquisiciones imaginarias”.³

Las condiciones de posibilidad de estos discursos permiten advertir las significaciones divergentes que puede producir un trabajo de deconstrucción radical del concepto de hegemonía, por un lado, en espacios académicos y militantes europeos y nortea-

mericanos, y por el otro, en ámbitos políticos e intelectuales de la izquierda latinoamericana. En este sentido, creemos que difícilmente puedan comprenderse los problemas teóricos y políticos implicados en la discusión sobre el concepto de poshegemonía sin una aproximación mediada por una cuidadosa atención a las mencionadas singularidades contextuales. En base a esta premisa, proponemos a continuación una reconstrucción del itinerario del concepto de poshegemonía y un balance crítico del debate suscitado a partir de su difusión. De este modo, atendemos en primer lugar las transformaciones desarrolladas en los estudios culturales británicos, en las cuales el concepto de poshegemonía operó a modo de ajuste de cuentas con los esquemas primarios de dicha tradición, es decir los establecidos por la obra de Stuart Hall. Nos concentraremos al respecto, en los trabajos de Scott Lash y Nicholas Thoburn que resultaron paradigmáticos en aquel movimiento. Por otra parte, damos cuenta de las renovaciones llevadas a cabo en los estudios latinoamericanos estadounidenses, en cuyo seno el concepto de poshegemonía se articuló con una reformulación de los parámetros analíticos al *objeto* América Latina apuntalada por el deconstruccionismo. En relación a este afluente teórico, repasaremos las obras de Alberto Moreiras y Gareth Williams, para luego indagar detalladamente los argumentos de Jon Beasley-Murray, cuyo libro sistematizó el programa poshegemónico. Finalmente reconstruimos los efectos de la difusión del concepto enfatizando el problema del vínculo entre el latinoamericanismo estadounidense y la historia intelectual latinoamericana. De esta manera, destacamos la productividad de las intervenciones más fecundas, concluyendo con la explicitación de un programa de lectura propio y la referencia a algunas críticas frente a él esbozadas.

II.

Podría afirmarse que lo que subyace a la formulación del concepto de hegemonía en el trabajo de Lash es un cuestionamiento





a la *operatividad histórica* del concepto de hegemonía:

...no sostengo que hegemonía es un concepto defectuoso. Ciertamente no quiero discutir contra el concepto de hegemonía en su totalidad. Creo que hegemonía es un concepto que tuvo un gran valor. Lo que sostengo es que tuvo un gran valor para una época particular. Y que esa época está llegando a su fin. Lo que sugiero es que el poder hoy es esencialmente *poshegemónico*.⁴

El hecho de que en las sociedades actuales el poder ya no opere a través de los mecanismos que delinearon otrora el concepto de hegemonía —dominación a través de la ideología y el discurso— torna obsoletas las implicaciones interpretativas condensadas en aquel concepto y vuelve urgente la elaboración de nuevos esquemas analíticos. Si el programa original de los estudios culturales giraba alrededor del concepto de hegemonía, centrándose por lo tanto en los procesos de dominación simbólica y legitimación del poder, esto obedecía a que la tarea intelectual se enfrentaba a un mundo en el que el poder cultural estaba vinculado a la reproducción de la economía, la sociedad y la política. De acuerdo con el esquema trazado por Lash, el dispositivo conceptual estructurado alrededor de la hegemonía no encuentra anclajes en un mundo en el que el poder ya no opera a través de una lógica cultural de la *reproducción* sino a través de una lógica cultural de la *invención*. De este modo el potencial explicativo del concepto de hegemonía queda esterilizado frente a la configuración de un orden social que no se sustenta tanto en la reproducción como en “la producción continuada de relaciones económicas, sociales y políticas”.⁵

Es por ello que en la propuesta de Lash se encuentran estrechamente vinculados los procesos de relevo acontecidos en el orden social y las operaciones de recambio en las fuentes teóricas a partir de las cuales se configuran las perspectivas analíticas de los estudios culturales. El solapamiento de las lógicas de reproducción y el advenimiento de lógicas de invención se condicen con un abandono de las viejas referencias teóricas y una apertura a las nuevas perspectivas abocadas a delimitar los modos de funcionamiento del mundo contemporáneo. De la conjunción de ambos relevos resulta una recolocación de los estudios culturales que tiende a alejarlos de los pilares teóricos tradicionales Gramsci, Hall, Laclau y los conduce a una serie de premisas novedosas. La primera de ellas, apoyada en formulaciones de Žižek y Agamben, afirma que asistimos a la transición desde un régimen de poder *epistemológico* hacia un régimen de poder *ontológico*. La segunda, articulada alrededor de las tesis de Foucault, Negri y Lazzarato, asegura que vivimos un pasaje desde un orden en el que el poder viene *desde arriba* hacia un orden en el que el poder viene *desde adentro* y actúa como fuerza generadora. La tercera, deudora de los postulados de Heidegger y Simmel, afirma que experimentamos la transición desde un

régimen en el que el poder opera en términos de *normatividad* hacia un régimen en el que el poder está basado en la *facticidad*. Por último, una inspirada en las tesis de Debord y Luhmann, asegura que asistimos a una transición desde un régimen político de *representación* hacia un régimen político de *comunicación*.

En una dirección similar a la de Lash, Thoburn da cuenta de las operaciones de renovación desarrolladas en el seno de los estudios culturales a comienzos del siglo XXI. Si en un momento el concepto de hegemonía permitió confrontar con realidades para las cuales los marcos del marxismo clásico resultaban insuficientes, en la actualidad es el concepto de poshegemonía el que posibilita el abordaje de un período histórico que ha entrado nuevamente en una época de cambio. Es decir, que si antes las variables de *clase*, *capital* y *revolución* se habían vuelto obsoletas para una realidad caracterizada por la apertura radical de lo social y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, hoy son los marcos conceptuales de la hegemonía los que se tornan inadecuados en un mundo en el cual las dimensiones políticas y culturales no pueden ser entendidas sin una perspectiva que dé cuenta del modo en el cual las dinámicas y los imperativos del capitalismo infunden lo social.⁶

De esta manera se postulaba un programa para los estudios culturales en el cual el poder y la cultura comenzaban a ser pensados en términos de producción, entendiendo por dicho concepto “la diagramación o movilización, disposición o distribución de complejas relaciones sociales, técnicas, económicas y afectivas”.⁷ Esta reformulación de los estudios culturales acarrea una serie de implicaciones significativas. En primer lugar, a diferencia del programa basado en el concepto de hegemonía, que entrañaba una pretensión unificadora, esta nueva perspectiva alberga un conjunto diverso de temáticas y problematizaciones, lo cual presupone la existencia de lugares heterogéneos de politización e intervenciones críticas. Por otro lado, en contraste con el análisis centrado en el concepto de hegemonía, que direccionaba la mirada hacia los problemas de la ideología y el discurso, este nuevo programa prioriza temáticas antes subestimadas, como el afecto, el miedo y la guerra.

La configuración de este programa renovador puede enmarcarse en una conjunción entre la relectura del *operaismo* italiano y cierta deriva deleuziana de la teoría social. Con respecto a la primera vertiente, cabe destacar que en los argumentos de Thoburn los desarrollos teóricos llevados a cabo por Tronti y Bologna en la década de 1970 aparecen como elementos que evidenciaron los límites de las concepciones del poder fundadas en el concepto de hegemonía. Al enfatizar la proliferación

de relaciones productivas a través de la sociedad, y postular en consecuencia la subordinación de la política a los regímenes capitalistas de producción, el *operaismo* demostró que la articulación de la clase obrera en un bloque hegemónico conlleva necesariamente la naturalización del trabajo y la explotación.⁸ En este sentido esta lectura retoma los argumentos de Hardt en torno a la *condición poscivil* del mundo contemporáneo, a partir de los cuales fenómenos como el quiebre de las identidades de clase y el retroceso del imaginario escatológico del movimiento obrero no son interpretados en clave de un proceso de progresiva autonomización de la esfera política, sino como resultados del pasaje hacia un capitalismo estructurado alrededor de la *fluidéz*, las *identidades abiertas* y la *indeterminación*. Dicho diagnóstico nos permite poner en sintonía las recepciones del *operaismo* con los postulados de Deleuze y Guattari, en tanto la advertencia sobre la existencia de un tejido de micro-poderes que atraviesa la sociedad postulado por las primeras, encuentra su correlato en la caracterización de toda formación social como un conjunto heterogéneo de fuerzas materiales e inmateriales que producen consistencias y efectos particulares desplegada en **Mil mesetas**.⁹

Es precisamente de esta conjunción que resultan las matrices analíticas fundamentales del nuevo programa de los estudios culturales. El énfasis en los mecanismos de producción social está acompañado de la certeza de que la sociedad actual ya no puede ser pensada en términos de disciplina, tal como lo entendía Foucault, sino en términos de control, tal como se desprende de la propuesta de Deleuze. Si en la sociedad disciplinaria la producción opera a través de espacios específicos generando identidades particulares, en la sociedad de control la producción tiene un carácter transindividual y opera a través de todo el espacio social. De allí que las variables más relevantes para la comprensión de la sociedad y la cultura contemporáneas ya no sean las de la *significación* y el *sentido* sino las de la *comunicación* y el *afecto*, entendiendo por la primera el conjunto de patrones y pulsiones que configuran relaciones sociales, y por el segundo una experiencia de intensidad que modifica el estado del cuerpo y tiene efectos concretos sobre la práctica individual y social.¹⁰

Finalmente, la crítica de la noción de hegemonía entraña una sospecha acerca del potencial del viejo marco interpretativo de los estudios culturales para dar cuenta del despliegue espacial

de ciertos fenómenos de la sociedad contemporánea. Si en un momento el marco nacional resultaba adecuado para el análisis de las realidades estudiadas, dicho marco aparece hoy como desfasado frente a unas relaciones de poder que se vuelven cada vez más globales. Es decir, difícilmente puedan entenderse fenómenos como las acciones de Estados Unidos en Irak o Afganistán a través de un análisis centrado en lo ideológico y circunscripto a un espacio nacional. En términos de Thoburn:

...somos testigos de una configuración global bio- y necro-política implicada simultáneamente en la multiplicación dinámica y productiva de la materia orgánica, y en la producción y distribución de precariedad, dolor y muerte a través del espacio social global.¹¹

A diferencia de lo que ocurría en los tiempos de la hegemonía, en esta nueva configuración histórica la autoridad militar desborda la propia situación de guerra y se implanta en la esfera social. De este modo la articulación democrática de las subjetividades, en lugar de conducir a una formación política de tipo progresiva, como pretende la tesis de la hegemonía, acarrea la configuración de un sistema jurídico-político que funciona como una máquina de guerra. La implementación de políticas de seguridad preventivas, que incluye tanto la detención de personas (Guantánamo, Abu-Ghraib, Yarl's Wood) como el asesinato (Juan Charles de Menezes), permite hablar de una transformación histórica tan radical que vuelve insuficientes los conceptos con los que se trató de pensar la dominación y la emancipación en el siglo XX.

Cabe destacar que el desplazamiento desde la hegemonía hacia la poshegemonía operado en los estudios culturales es poseedor de una singularidad que diferencia a este movimiento del desarrollado por la otra vertiente del programa poshegemónico. En primer lugar, los autores de dicho desplazamiento establecen un vínculo con sus antecesores en el campo de los estudios culturales que, lejos de implicar un distanciamiento absoluto, tiende a reconocer la productividad de su trabajo y la configuración de bases conceptuales fundamentales para los desarrollos posteriores. Como expresa Lash, si bien este programa “rompe radicalmente con las nociones de hegemonía y poder normativo, sólo es posible a partir del paradigma establecido por Stuart Hall”.¹² El tipo de relación establecida con el trabajo del fundador de los estudios culturales es también perceptible en la forma en la que es considerado el concepto de hegemonía. Como vimos anteriormente, en este caso la propuesta poshegemónica es producto de la certeza de que el mundo ya no funciona tal como se lo entendía a través del concepto de hegemonía. Es por ello que dicho quiebre entraña un fenómeno de autorreflexión en torno al abandono de los marcos analíticos estructurados a partir de la hegemonía. Como afirma Lash, muchas de las consideraciones críticas alrededor de dicho concepto “no le hacen justicia a la

⁴ Scott Lash, “Power after Hegemony. Cultural Studies in Mutation?”, *Theory, Culture & Society*, SAGE, Vol. 24, N° 3, mayo de 2007, p. 55. Todas las traducciones son nuestras.

⁵ *ibid.*, p. 56.

⁶ Certificación que encontraba apoyo, entre otras fuentes, en la apertura del marxismo al análisis de las tecnologías de la información y la comunicación. Ver por ejemplo Nick Dyer-Witheford, *Cyber-Marx. Cycles and Circuits of Struggle in High-Technology Capitalism*, Urbana, University of Illinois Press, 1999. Para constatar la vigencia de estas tendencias, ver el reciente trabajo de Nick Dyer-Witheford, *Cyber-Proletariat. Global Labour in the Digital Vortex*, Londres, Pluto Press, 2015.

⁷ Nicholas Thoburn, “Patterns of Production. Cultural Studies after Hegemony”, *Theory, Culture & Society*, SAGE, Vol. 24, N° 3, mayo de 2007, p. 80.

⁸ Ver: Michael Hardt y Antonio Negri, *El trabajo de Dionisos*, Madrid, Akal, 2003.

⁹ Los trabajos del propio Thoburn constituyen una referencia en lo que hace a la articulación entre Deleuze y el marxismo, ver su libro *Deleuze, Marx and Politics*, Londres. Routledge, 2003.

¹⁰ En el caso de la comunicación, las conceptualizaciones incorporadas por los estudios culturales provienen fundamentalmente de los trabajos de Tiziana Terranova. Ver su obra *Network Culture: Politics in the Information Age*, Londres, Pluto Press, 2004. En el caso del afecto, proviene de los influyentes trabajos de Brian Massumi (*The Politics of Everyday Fear*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1993) y *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*, Durham, Duke University Press, 2002). Para una visión panorámica del *giro afectivo* de la teoría social contemporánea, ver: Patricia Ticineto Clough y Jean Halley, *The Affective Turn. Theorizing the Social*, Durham, Duke University Press, 2007.

¹¹ Nicholas Thoburn, “Patterns of Production. Cultural Studies after Hegemony”, *op. cit.*, p. 88.

¹² Scott Lash, “Power after Hegemony. Cultural Studies in Mutation?”, *op. cit.*, p. 75.



concepción del poder como hegemonía”.¹³ Esto ocurre, por un lado, porque hegemonía fue un concepto *poderoso* en la década de 1970, en tanto permitió complejizar la perspectiva marxista incorporando la dimensión cultural en el análisis de la dominación. Y por el otro lado, porque el concepto de hegemonía no sólo fue poderoso en el pasado, sino que *lo sigue siendo* para el análisis de un conjunto de fenómenos contemporáneos. Al respecto resulta relevante destacar que así como el desplazamiento hacia la poshegemonía es visto en términos positivos, el abandono de la hegemonía también entraña la pérdida de una perspectiva *política*. Fundamentalmente porque el análisis centrado en la hegemonía tenía un vínculo con la clase social del cual adolece el análisis basado en la poshegemonía. Al focalizarse especialmente en el arte, la ciencia y la tecnología, en un mundo en el cual las desigualdades no sólo no han mermado sino que se han incrementado, cabe la advertencia de que “los estudios culturales poshegemónicos son en muchos sentidos menos políticos”.¹⁴

III.

En un sentido análogo a las transformaciones operadas en la tradición británica de los estudios culturales, los movimientos que marcaron la renovación de los estudios latinoamericanos desarrollados en Estados Unidos estuvieron atravesados por un quiebre epistémico que trascendía los ámbitos específicos de producción teórica. Tal como reflexionaba Alberto Moreiras en el libro que fuera uno de los principales hitos de aquella transformación, las condiciones de posibilidad del discurso latinoamericanista a comienzos del siglo XXI divergían radicalmente de las que sostuvieron dicho discurso en décadas anteriores. Si antes lo que subyacía a la producción de los estudios latinoamericanos era un universalismo científico que intentaba sintonizar historias particulares con epistemologías generales, la crisis de los elementos estructurantes de dicho sustrato llevaba al discurso latinoamericanista a transitar “cierta precariedad de la experiencia”.¹⁵ Los efectos de dicho pasaje eran percibidos de tal manera que lo que consideraba en crisis era la propia función crítica de las humanidades:

...nos tendremos que preguntar sobre el status de la estética en la reflexión contemporánea, y si todavía puede proveer, tal como lo hizo anteriormente, una apertura paradójica a un afuera de la historia en relación al cual la razón podría proseguir su voluntad de verdad contra la fetichización de lo real.¹⁶

Resulta relevante destacar que esta crisis general acarrea

¹³ *ibid.*, p. 68.

¹⁴ *ibid.*, p. 69.

¹⁵ Alberto Moreiras, **The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies**, Durham, Duke University Press, 2001, p. 2.

¹⁶ *id.* Cabe destacar que Moreiras había iniciado este desplazamiento en su libro anterior, **Tercer espacio. Literatura y duelo en América Latina**,

desplazamientos significativos en el vínculo que los estudios latinoamericanos mantenían con su objeto. La renovación del latinoamericanismo se proponía como superación de un modo de aproximación a la cultura latinoamericana que se abocaba a la comprensión de las modernidades alternativas desarrolladas en la región, que estaba guiado por una perspectiva historicista, y que pretendía contribuir a la consolidación de proyectos nacionales y populares enfrentados al capital extranjero y sus consecuentes efectos de colonización cultural. La ruptura con estos esquemas analíticos implicaba el rechazo de un discurso latinoamericanista que no era otra cosa que una expansión del corpus textual a través de parámetros historicistas que convertían al efecto estético en un elemento subordinado a la necesidad del Estado nacional-popular. Eran estas operaciones de expansión las que llevaban a Moreiras a hablar negativamente de un latinoamericanismo atrapado en una “tropológica del círculo hermenéutico”,¹⁷ caracterización de inspiración heideggeriana que designaba procesos de conocimiento en los que el discurso crítico está elaborado a partir de los sentidos del propio objeto.¹⁸

Cabe destacar que el esfuerzo por superar el vicio de la circularidad hermenéutica implicaba necesariamente un trabajo de deconstrucción de las explicaciones basadas en el concepto de hegemonía. Las afirmaciones de Moreiras al respecto eran categóricas: “el círculo hermenéutico es el círculo de la hegemonía”.¹⁹ Semejante estrechamiento encontraba sustento en la advertencia sobre el rol desempeñado por el concepto de hegemonía en las representaciones de la modernidad política. En la tropología política moderna, la constitución de la esfera pública alrededor de la noción de Estado-nación no es un elemento circunstancial sino esencial. En este sentido, una agenda renovada para el latinoamericanismo sería aquella que priorizara el afuera de la circularidad hermenéutica, lo que es lo mismo que decir lo que ha sido subalternizado como el exterior constitutivo de la relación hegemónica. La pregunta por una nueva tropología arrastraba necesariamente una erosión del concepto de hegemonía:

¿Qué tipo de pensamiento podría pensar el abandono de la hegemonía de la hegemonía como concepto central para comprender la cultura en nuestro tiempo, para pensar la modernidad de una manera alternativa, y para entender la posmodernidad? Una revisión fundamental de la razón crítica debe abandonar su horizonte esteticista e historicista, un legado del pasado modernista,

Santiago de Chile, LOM Ediciones/Universidad ARCIS, 1999.

¹⁷ *ibid.*, p. 14.

¹⁸ Dichas apelaciones deben ser entendidas en el marco de la división que marcó a los estudios latinoamericanos estadounidenses a comienzos del siglo XXI. Por un lado, el programa impulsado por Moreiras, que conjugaba el estudio de la realidad latinoamericana con la reflexión teórica contemporánea, especialmente en su vertiente deconstruccionista. Por el otro, el programa decolonial, caracterizado por un impulso liberacionista anticolonial y un afán reivindicatorio de los sujetos originarios de América Latina. Para un panorama retrospectivo de dicha fractura, ver Alberto Moreiras, “¿Puedo madrugarme a un narco? Posiciones críticas en LASA”, **Cuadernos de Literatura**, Pontificia Universidad Javeriana, Vol. XVII, n° 33, enero-junio 2013, pp. 76-89.

¹⁹ Alberto Moreiras, **The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies**, *op. cit.*, p. 15.

y buscar la desarticulación de la polarización dentro-fuera sobre la cual descansa todo historicismo estético y teoría culturalista.²⁰

Si en el caso de Moreiras la erosión del concepto de hegemonía se vinculaba a cierto abandono de los parámetros historicistas y esteticistas, en la propuesta desarrollada por Gareth Williams la deconstrucción de dicho concepto estaba acompañada por un llamado a interrumpir toda forma de fundacionalismo. En este sentido su análisis de diversos fenómenos políticos y culturales latinoamericanos recientes intentaba prescindir de los sentidos construidos a partir de referencias tradicionales como la *trascendencia*, el *desarrollo* o la *homogeneidad*. Si bien compartía con Moreiras la idea sobre la necesidad de *otro pensamiento* sobre América Latina, que en su caso tomaba la forma de una construcción desde “las ruinas de las narrativas fundacionales de la historia moderna”,²¹ Williams era más explícito sobre las transformaciones epocales en las cuales se insertaba su programa. Al respecto, el desgaste de esas narrativas fundacionales encontraba su origen en el pasaje experimentado en América Latina desde un paradigma político y cultural nacional hacia un paradigma posnacional, entendiéndose por esto no la extinción de la nación sino su profunda reconfiguración y reestructuración a partir de la conformación de realidades transnacionales. En este sentido un conjunto de fenómenos de la época —la migración masiva hacia Estados Unidos, la importancia del castellano en aquel país, la dolarización de la economía latinoamericana, economías del trueque en Argentina, Chile y Bolivia— desempeñaban el papel de certificadores de la desestructuración del *telos* de la nacionalidad y de la relativización de las identidades nacionales.

Interesado en los efectos de las narrativas fundacionales de la historia latinoamericana, Williams analizaba la forma a través de la cual la formación del Estado-nación en los países del subcontinente estuvo asentada en la integración e institucionalización de la noción de pueblo como el suelo originario a partir del cual considerar los contornos de la identidad nacional. De acuerdo a su lectura, fenómenos como el muralismo mexicano, el indigenismo literario de los Andes, el nuevo hombre cubano y la poética del sandinismo, evidencian que lo que estuvo siempre en juego en América Latina fue la incorporación y representación del individuo como *homo nationalis*, el cual se conjugó con el *homo economicus* y el *homo politicus* a fines de dar forma a la sociedad capitalista moderna: “la idea del pueblo, y junto a ella el concepto de lo popular, fue construida como una potencial formación hegemónica llamada a suturar la totalidad de las diferencias demográficas y culturales en pos de la formación y expansión del Estado-nación”.²² Una vez delimitada esta base analítica, el problema elegido por Williams para ser profundizado en su trabajo da cuenta del sustrato de preocupaciones que guiaban su indagación. Lo que interesaba recortar fundamentalmente era el proceso por el cual la institucionalización

²⁰ *ibid.*, p. 16.

²¹ Gareth Williams, **The Other Side of the Popular. Neoliberalism and Subalternity in Latin America**, Durham, Duke University Press, 2002, p. 3.

²² *ibid.*, pp. 3-4.



del pueblo fue implementada desde configuraciones estatales populistas consideradas por las élites el espacio privilegiado de articulación entre los distintos sectores de la sociedad. Es decir, un proceso de integración orientada, a través del cual el pueblo es incorporado a la sociedad civil pero sometido a un orden cuyas reglas le son ajenas.

En el seno de este esquema, el postulado de *un otro lado de lo popular* tenía, en primer lugar, una referencialidad histórica. Es decir, los procesos de inserción de las naciones latinoamericanas en redes globales estaban teniendo un efecto tal de redefinición del Estado-nación y de reformulación de lo nacional-popular que tornaba absurda la pervivencia de un pensamiento sobre el pueblo a partir de los marcos explicativos tradicionales. En este sentido hablar de *un otro lado de lo popular* era hablar de formaciones nacional-populares que se agotan y se redistribuyen a través de las fronteras nacionales y regionales. En segundo término, dicho postulado tenía un significado teórico-político. Al respecto, los fenómenos novedosos desarrollados en las últimas décadas del siglo XX, como la proliferación de movimientos políticos no-nacionales y la dinámica transnacional de circulación de capital y población, operaban como índices del agotamiento de los modelos nacionales, formas culturales y lenguajes críticos tradicionales. Es este sentido hablar de *un otro lado de lo popular* era hablar de una práctica cultural y política que ya no debía ser pensada exclusivamente a partir de parámetros nacionales. Era en este punto que el concepto de subalternidad hacía su entrada como aquel que permitía interrumpir los sentidos hegemónicos de la política y habilitaba, por lo tanto, un pensamiento más allá de las narrativas nacionales.²³

Si bien la deconstrucción del paradigma nacional-popular entrañaba una perspectiva poshegemónica, y el propio concepto transitaba algunos de los análisis de Moreiras y Williams, será Beasley-Murray el que procederá a un esbozo de sistematización de la poshegemonía. De forma casi simultánea a las proposiciones de ambos referentes de los estudios latinoamericanos, Beasley-Murray ingresaba a los debates del campo con una proposición que singularizó su propuesta y la diferenció de la de los estudios culturales británicos: “no hay hegemonía ni nunca la ha habido”.²⁴ Por un lado, podría afirmarse que tal lectura tendía en parte a converger con la formulada posteriormente por Lash y Thoburn, aquella que afirma que la teoría de la hegemonía, tal como fue desarrollada por Gramsci, complejizada por Laclau y Mouffe, y adoptada por los estudios culturales, ya no puede dar cuenta del orden social contemporáneo. Sin embargo, Beas-

²³ La consecución de un pensamiento más allá de la hegemonía y el Estado-nación implicaba un trabajo de tipo fragmentario sobre la cultura latinoamericana. En el libro de Williams esto se expresaba, por ejemplo, en abordajes de lo popular en El Salvador a través de literatura sobre violencia política, de la literatura en un mundo posnacional a partir de **La ciudad ausente** de Ricardo Piglia, o del vínculo entre neoliberalismo y comunidad en Chile a través de la obra de Diamela Eltit y Paz Errázuriz. En el caso de Moreiras se expresaba en lecturas de, entre otros, Antonio Cándido, Jorge Luis Borges, Angel Rama y José María Arguedas.

²⁴ Jon Beasley-Murray, “On Posthegemony”, **Bulletin of Latin American Research**, Society for Latin American Studies, Vol. 22, N° 1, 2003, p. 117.



ley-Murray acompañaba esta reflexión sobre la operatividad histórica del concepto de hegemonía con una certeza que afectaba al concepto más allá de su historicidad, aquella que asegura que dicho concepto nunca explicó el orden social.

Consciente de la radicalidad de esta afirmación y de los interrogantes que el concepto abría para el análisis de la sociedad contemporánea, especialmente alrededor del *cuándo* y el *cómo* del nacimiento de una era poshegemónica, Beasley-Murray priorizaba la explicitación de un conjunto de problemas relativos a la encarnación temporal de la poshegemonía. Por un lado, el declive de la ideología como síntoma visible de la condición poshegemónica. De acuerdo a Beasley-Murray, la teoría de la hegemonía había entrado en crisis debido a que la pérdida de importancia de las ideologías socavaba la premisa de que la eficacia social de la ideología constituye el fundamento de todo orden social. Al igual que en las reflexiones de Thoburn, aquí también resuenan los ecos de una transición desde la sociedad disciplinar foucaultiana hacia la sociedad de control deleuziana: mientras la ideología sigue una lógica de representación y la hegemonía resuelve los conflictos a través de un Estado trascendental, la lógica de la poshegemonía se aplica de manera inmediata y ubicua, y el Estado se vuelve inmanente al cuerpo social. Por otro lado, el pasaje del discurso al afecto. Al respecto, Beasley-Murray da lugar a las interpretaciones que tienden a enfatizar la importancia del cinismo en una era posideológica, caracterización que conlleva la certificación de la obsolescencia de la crítica ideológica, en tanto el orden social es mantenido por fuera del discurso.²⁵ Es por ello que la poshegemonía implica el pasaje de la retórica de la persuasión a un régimen en el que los efectos son producidos por el afecto. En un sentido spinociano, un régimen en el que importa más el orden de los cuerpos que el orden del significado.²⁶

Asimismo, la delimitación de un orden posideológico mediado por el afecto entroncaba con el giro hacia la multitud que se operaba por entonces en el discurso marxista, apuntalado fundamentalmente por el trabajo de Negri. Vínculo que generaba un doble registro en los argumentos de Beasley-Murray. Uno de orden teórico, que implicaba una relectura del problema de las clases mediado por el problema de la producción: "Marx estaba equivocado: la historia de las sociedades hasta nuestros días es menos la historia de la lucha de clases que, más importante aún, la historia de la lucha por producir las clases".²⁷ Otro, vinculado al trabajo empírico en el campo de los estudios latinoamericanos, el cual ya no estaría mediado por el concepto de hegemonía sino

por el de poshegemonía: "es inevitable que la multitud latinoamericana se entrecruce con la multitud latinoamericana cuya historia aún no ha sido escrita y cuyo futuro no ha sido hecho".²⁸

Fueron precisamente ambos registros los que se conjugaron en los argumentos desarrollados por Beasley-Murray en **Poshegemonía**, trabajo que sentó las bases definitivas de la propuesta poshegemónica y que como tal despertó un debate inusitado en el campo de los estudios latinoamericanos. En tanto prolongación de aquellos primeros esbozos cifrados en los desarrollos de Moreiras y Williams, y culminación de las primeras tentativas impulsadas por Beasley-Murray, este texto programático era contundente en lo relativo a la crítica de la hegemonía. Ya desde el primer párrafo Beasley-Murray reenviaba la discusión hacia aquella doble vertiente de impugnación de las nociones derivadas del concepto de hegemonía:

La hegemonía no existe, ni nunca ha existido. Vivimos en tiempos poshegemónicos y cínicos: nadie parece estar demasiado convencido por ideologías que alguna vez parecieran fundamentales para asegurar el orden social. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el trabajo es explotación y que la política es un engaño. Pero siempre hemos vivido en tiempos poshegemónicos: de hecho, la ideología nunca ha asegurado el orden social. Creer, no importa cuánto, en la dignidad del trabajo o en el altruismo de los representantes electos nunca fue suficiente para mantener unido un orden de cosas. El hecho de que los individuos ya no presten su consenso tal como alguna vez lo hicieron y de que todo siga casi igual demuestra que el consenso nunca fue un problema.²⁹

La negación de las explicaciones del orden social fundadas en la dominación a través de la coerción y el consenso se correspondía en el terreno de lo propositivo con la delimitación de una teoría de la poshegemonía articulada en torno al *hábito*, el *afecto* y la *multitud*. Es decir, una lectura de la dinámica del orden social en la que los mecanismos de reproducción ideológica se vuelven irrelevantes y en la que cobra sentido un esquema analítico que prioriza la encarnación colectiva de las reglas del juego social, el flujo impersonal de intensidades y el poder de un sujeto constituyente. Resulta de interés destacar que dicho esquema opera tanto para dar cuenta de la constitución del orden social como para el establecimiento de una hipótesis en torno a su modificación. De acuerdo a Beasley-Murray, el hábito y el afecto aseguran el orden social al plegar sobre sí mismo el poder constituyente de la multitud. Dicho pliegue por lo tanto es el origen de la presuposición del Estado, la suposición del pacto social, la ilusión de la trascendencia y la ficción de la hegemonía. Certificación que vuelve ingenua cualquier concepción del cambio social en términos de institución de una fuerza contrahegemónica. Así como constituyen las variables fundamentales del sostenimiento del orden social, el hábito y el afecto también

²⁸ *ibid.*, p. 124.

²⁹ Jon Beasley-Murray, **Poshegemonía. Teoría política y América Latina**, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 11.



desempeñan un rol clave en su desmantelamiento.³⁰ Según Beasley-Murray, el cambio social se logra únicamente afirmando el poder constituyente de la multitud.

Si bien la propuesta de Beasley-Murray forma parte sin lugar a dudas de un mismo *élan* poshegemónico, la sistematización llevada a cabo en su libro permite la delimitación de ciertos matices entre su propuesta y las desarrolladas por los autores mencionados anteriormente. Tal como puede percibirse, su crítica de la hegemonía va más allá de la advertencia sobre la obsolescencia de dicho concepto para dar cuenta del orden social actual. Es por ello que el sentido otorgado por Lash y Thoburn a la idea de poshegemonía se presenta como acotado a los ojos de Beasley-Murray. Si no hay hegemonía y nunca la ha habido, evidentemente el problema que atraviesa al concepto no es de índole temporal. Asimismo, su crítica del concepto de sociedad civil entraña una radicalidad mayor que la de los estudios culturales británicos: "creo que la sociedad civil siempre ha sido cómplice de la contención estatal, un medio de estigmatización de los afectos y de la multitud como algo bárbaro y apolítico".³¹ Por otro lado, Beasley-Murray también tiende a radicalizar las implicancias alrededor de la poshegemonía que se deslizan en los postulados de Moreiras y Williams. Una concepción de la poshegemonía en términos de crítica permanente o trabajo de lo negativo no implica necesariamente la disolución de la distinción entre lo hegemónico y lo subalterno. Por ello, mientras los teóricos de la hegemonía circunscriben la política al juego de la hegemonía, los teóricos deconstructivistas de la poshegemonía cuestionan las reglas de ese juego destacando su exceso aporético pero sin poner en duda el juego en sí. Frente a dicha opción, Beasley-Murray afirma: "en mi concepción la poshegemonía va más allá de los escombros de cualquier proyecto hegemónico. Me propongo describir y reconstruir una imagen de la sociedad que no dependa del autorretrato que una sociedad tiene de sí misma".³²

Esta clave diferencial convierte al trabajo de Beasley-Murray en una crítica demoledora de los estudios culturales y el discurso sobre la sociedad civil. Dicha tarea de refutación está realizada bajo el supuesto de que la definición de cultura como articulación discursiva y la reducción de la política a la hegemonía tienden a sustituir la cultura por el Estado confundiendo ambas dimensiones de la vida social. De acuerdo a este supuesto, Beasley-Murray reconstruye la historia de los estudios culturales con el objeto de demostrar la penetración de la teoría de la hegemonía y la importancia adquirida por las formulaciones de

³⁰ Sobre el vínculo de Beasley-Murray con el *giro afectivo*, ver su artículo "El afecto y la poshegemonía", **Estudios**, Universidad Simón Bolívar, Vol. 16, N° 31, enero-junio de 2008, pp. 41-69.

³¹ Jon Beasley-Murray, **Poshegemonía. Teoría política y América Latina**, op. cit., p. 13. Cabe destacar, al respecto, que el diálogo alrededor del concepto de poshegemonía entre los estudios culturales británicos y los estudios latinoamericanos estadounidenses se encuentra claramente desbalanceado. Mientras Thoburn refiere a Beasley-Murray para una formulación sistemática del mencionado concepto, Beasley-Murray dedica un espacio destacado de su libro a una exégesis del trabajo de Lash.

³² *ibid.*, p. 16.

su referente principal, Ernesto Laclau. Por este mismo camino, el discurso sobre la sociedad civil es analizado con el propósito de evidenciar la exclusión de la cultura del campo de lo político. Al respecto, Beasley-Murray dedica gran parte de su trabajo al análisis de los nuevos movimientos sociales y democráticos, a partir de los cuales se podría visualizar el modo a través del cual la teoría de la sociedad civil es desbordada por los afectos que pretende excluir. En suma, podría afirmarse que lo que subyace a esta crítica de los estudios culturales y el discurso de la sociedad civil es la constatación de un fracaso de la teoría social contemporánea. La circunscripción de la dinámica social al discurso y la trascendencia llevan a los estudios culturales a desatender las estructuras institucionales que apuntalan lo discursivo y al discurso de la sociedad civil a descuidar los flujos afectivos que atraviesan el cuerpo social. Lo que resulta aún más significativo es que en la crítica de Beasley-Murray estas omisiones e inadvertencias adquieren la forma de faltas graves en tanto lo que está en juego es nada menos que el vínculo establecido entre teorías y realidades sociales. A su entender, lejos de mantener una distancia favorable a los efectos disruptivos, los estudios culturales y el discurso sobre la sociedad civil reproducen el orden social que intentan entender, el populismo en el caso de los primeros y el neoliberalismo en el caso del segundo.

Como señalamos anteriormente, el trabajo de Beasley-Murray no sólo establece las bases teóricas de una perspectiva poshegemónica articulada alrededor del afecto, el hábito y la multitud, sino que también procede a un estudio de la historia política y cultural de América Latina a través de los marcos analíticos de la poshegemonía. A modo de vector de ambos registros, la prioridad otorgada al concepto de multitud, entendido como un sujeto social constituido sobre un plano de inmanencia y que posibilita formas de comunidad sin Estado ni soberanía, predispone una historización de América Latina en la que la variable analítica fundamental es la dinámica entre el poder constituyente de la multitud y los esfuerzos estatales por sujetarla y neutralizarla. Es por ello que el relato de la poshegemonía sobre América Latina consiste en:

...una historia de la multitud latinoamericana durante la modernidad: desde el motín que estuvo a punto de estallar en el primer viaje de Colón en 1492 hasta la contra-contra-insurgencia chavista de 2002 [...] también podría incluir las revueltas indígenas durante el período colonial, las guerras de independencia de 1820, o la inmigración y urbanización de fines del siglo XIX.³³

Entre los movimientos más recientes, podrían considerarse el levantamiento zapatista en México o los piqueteros en la Argentina contemporánea. Sería una historia alternativa y subterránea de América Latina, una historia de la insurgencia pero también de las estratagemas por las cuales los proyectos hegemónicos han tratado de volver esas insurgencias una ventaja para el Estado: desde las Nuevas Leyes de las Indias, las reformas borbónicas o el ordenamiento posindependencia, hasta la his-

³³ *ibid.*, p. 21.

²⁵ Ver: Slavoj Žižek, **El sublime objeto de la ideología**, México D.F., Siglo XXI, 1992 y Peter Sloterdijk, **Crítica de la razón cínica**, Madrid, Siruela, 2006.

²⁶ Si bien suele ubicarse en la producción de Beasley-Murray el abordaje de la realidad latinoamericana desde una perspectiva que enfatiza el afecto, debe destacarse que John Kraniuskas ya realizaba dicho trabajo en los primeros años del siglo XXI. Ver, por ejemplo, "Porno-Revolution: *El fiord* and the Eva-Peronist State", **Angelaki. Journal of the Theoretical Humanities**, Routledge, Vol. 6, N° 1, 2001, pp. 145-153.

²⁷ Jon Beasley-Murray, "On Posthegemony", op. cit., p. 120.



toria del siglo XX...Tal como puede percibirse, el esfuerzo de historización se justifica fundamentalmente en la identificación de momentos en los cuales operan mecanismos de inversión reactiva, es decir procesos a través de los cuales el afecto se transforma en *emoción*, el hábito en *opinión* y la multitud en *pueblo*. Al respecto, resulta sumamente sugerente la postulación de las transformaciones desarrolladas en América Latina durante los últimos años como un episodio más de la subordinación del poder constituyente al poder constituido. De este modo, el denominado *giro a la izquierda* de la política latinoamericana es cifrado por Beasley-Murray como un intento de recomposición del poder constituido de cara a la irrupción de nuevas formas de acción colectiva que desbordaron la política de representación marcando la emergencia de una multitud. Por ello, los gobiernos de Hugo Chávez, Lula, Néstor Kirchner y Evo Morales en Bolivia son caracterizados como un *síntoma*, o directamente como una *reacción*, frente a la proliferación de revueltas carnalescas, asambleas barriales, piquetes callejeros o economías del trueque. La ubicación de la nueva coyuntura latinoamericana en aquella historia de largo aliento configurada a través de la dinámica entre el poder constituyente y el poder constituido, conlleva la aproximación a los gobiernos progresistas de América Latina en términos de nuevas gobernabilidades, lo cual redundaría necesariamente en un marcado escepticismo frente a las posibilidades de un cambio social verdadero. Por si quedaran dudas, Beasley-Murray sentencia al respecto:

...el giro a la izquierda que se anuncia en líderes como Hugo Chávez de Venezuela, Evo Morales de Bolivia, Luiz Inácio 'Lula' Da Silva de Brasil y Néstor y Cristina Kirchner de Argentina son simplemente la última respuesta de parte del poder constituido a las demandas siempre más expansivas de la multitud expresada por ejemplo en el radicalismo obrero de San Pablo de los años ochenta, el Caracazo de 1989, la rebelión argentina de 2001 y las protestas de 2004 por el gas en Bolivia.³⁴

IV.

En el caso de los estudios culturales británicos, las reacciones frente al esbozo de un programa centrado en el concepto de poshegemonía fueron simultáneas a la publicación de los textos que vehiculizaban dicha tentativa. Cabe destacar, en este marco, la respuesta de Richard Johnson, miembro destacado de la Escuela de Birmingham, quien advertía en la propuesta poshegemónica una lectura particular del concepto de hegemonía, a la cual responsabilizaba de un abandono demasiado apresurado del pensamiento de Gramsci. De cara a los postulados de Lash y Thoburn en torno a la conformación de una realidad social frente a la cual los análisis mediados por el concepto de hegemonía se habrían vuelto obsoletos, Johnson tendía a ceder frente a la

³⁴ *ibid.*, p. 216.

primera de las premisas pero se negaba a dar lugar a la segunda:

...los pensamientos de Gramsci sobre las formas de dominación y organización política no son irrelevantes para el mundo actual, aún con sus complejas dinámicas de poder locales y globales. Su concepción de la contra-hegemonía como "guerra de posiciones" continúa siendo un recurso estratégico.³⁵

Anclada en la convicción de que el movimiento *más allá de la hegemonía* no es el único camino a través del cual se puede hacer frente a un mundo cambiante, la lectura de Johnson se dirigía fundamentalmente a deconstruir las apropiaciones de Gramsci implícitas en el concepto de poshegemonía. De este modo les advertía a Lash y Thoburn que el pensamiento gramsciano en torno a la hegemonía se encontraba mucho más cerca de sus tesis de lo que ellos creían. Si bien Gramsci se concentraba en los problemas de la estrategia política en Italia, su trabajo estaba mediado por el objetivo de adecuar la tradición marxista a las realidades contemporáneas. De allí que el pensamiento gramsciano enfrentara un nuevo orden social caracterizado por estructuras y superestructuras complejas, diferentes formaciones de clase, distintas tradiciones políticas y distintos grados de formación de la nación. En este sentido, el modo específico a través del cual Gramsci había afrontado dichas transformaciones enfatizando los problemas de la producción, el trabajo vivo y la práctica humana, no podría ser desligado absolutamente del movimiento desplegado por los teóricos de la poshegemonía.³⁶ Si por un lado se podía restituir una convergencia no advertida entre el pensamiento gramsciano y la poshegemonía, por el otro se tendía a desnaturalizar la lectura de Gramsci realizada por Lash y Thoburn. Al respecto, la lectura de Johnson operaba en dos planos. En primer lugar, señalando el carácter reduccionista de una aproximación al problema del consenso en términos de uniformidad ideológica. La identificación de la hegemonía con la dominación simbólica implica una reducción de la hegemonía a una operación desarrollada en formaciones culturales, como el lenguaje, símbolos, signos y discursos.³⁷ En segundo término, identificando cuál es la lectura de Gramsci contra la cual la poshegemonía elabora su propuesta superadora. Dentro de los múltiples gramscianismos construidos en la segunda mitad del siglo XX, Lash y Thoburn se posicionan frente a uno en particular, el de mediados de la década de 1970, que resulta de un Gramsci

³⁵ Richard Johnson, "Post-hegemony? I Don't Think So". *Theory, Culture & Society*, SAGE, Vol. 24, N° 3, mayo de 2007, p. 95.

³⁶ Johnson insistía asimismo en la convergencia entre la *apuesta gramsciana* y las relecturas de Marx que sustentaban el concepto de poshegemonía, como la del *operarismo*: "...en sus tesis más audaces, el pensamiento de Gramsci sobre la hegemonía está más cerca de Thoburn y Lash de lo que ellos creen, así como de alguna de sus fuentes, particularmente Negri", *ibid.*, p. 97.

³⁷ Reducción tan regresiva que conlleva un regreso a formulaciones pre-gramscianas: "...lectura que se aproxima a las concepciones durkheimianas de la *conscience collective* y subestima la diferencia no sólo individual sino también colectiva", *ibid.*, p. 97.

leído a través de la teoría del discurso posalthusseriana y de la concepción del poder foucaultiana.³⁸

Deconstrucción que tenía como corolario la afirmación de que las teorías del poder con las cuales se pretendía suplantar las nociones derivadas de la hegemonía se caracterizaban por "una marcada reducción de la complejidad social".³⁹ Es decir, que aquella conjunción entre una lectura parcializada de Gramsci y la convicción sobre la necesidad de ir hacia un más allá de la hegemonía, tenía como consecuencia sólo efectos negativos en el plano de la teoría social. Así Johnson advertía un conjunto de simplificaciones entre las que se encontraban la fusión de autonomías institucionales, la desaparición de la distinción entre niveles de la formación social y una relativización del Estado-nación frente a la globalización de la comunicación y el poder. Si lo que resultaba de la propuesta de Lash y Thoburn era un retorno de lo que Marx había caracterizado en los **Grundrisse** como abstracciones simples— la producción, el afecto, la comunicación—, la elaboración de un programa analítico alrededor de la poshegemonía no podía tener sino efectos regresivos. Dicha certificación poseía tales implicancias que Johnson se preguntaba si la restitución del reduccionismo sociológico que arrastraba el abandono de Gramsci no debía conducirnos a hablar no tanto de un desplazamiento poshegemónico como de una reacción *pre-hegemónica*.

A diferencia de lo ocurrido con los textos de Lash y Thoburn, el libro de Beasley-Murray dio lugar a una cantidad significativa de lecturas, que provinieron de diversos campos de producción intelectual, que desarrollaron aproximaciones disímiles al concepto de poshegemonía, y que generaron un debate teórico y político que aún no ha terminado. Debe mencionarse, en primer lugar, el efecto que tuvieron las formulaciones de Beasley-Murray como reactivadoras de la cisura en el seno de los estudios culturales desarrollados en la academia estadounidense. Por un lado, Moreiras asumirá el texto de Beasley-Murray como la institucionalización de un pensamiento ya esbozado tanto por él como por Williams, filiación que le otorgaba a esta lectura un carácter marcadamente celebratorio.⁴⁰ A partir de la crítica a Laclau desarrollada en el trabajo de Beasley-Murray, Moreiras valoraba a la poshegemonía en tanto reflexión sobre los límites a la invención política, aquellos precisamente que imposibilitan la coincidencia entre la teoría de la hegemonía y el campo de lo político. Por este camino Moreiras postulaba a la reflexión poshegemónica como un suplemento a la teoría laclauiana en tanto pensamiento sobre la política más allá de los procesos de subjetivación.⁴¹ Desde una posición divergente con la de Morei-

³⁸ Gramscianismo cuya expresión última sería **Hegemonía y estrategia socialista** de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.

³⁹ Richard Johnson, "Post-hegemony? I Don't Think So", *op. cit.*, p. 102.

⁴⁰ Alberto Moreiras, "Posthegemonía, o más allá del principio del placer", **alter/nativas. revista de estudios culturales latinoamericanos**, Ohio State University, N° 1, otoño de 2013.

⁴¹ Actualmente la reflexión de Moreiras en torno a la poshegemonía se encuentra desplazada hacia el concepto de infrapolítica, ver "Infrapolitics: the Project and his Politics. Allegory and Denarrativization. A Note on

ras, John Beverley calificó a las lecturas de la realidad latinoamericana desde el paradigma de la poshegemonía como una forma de *ultraizquierdismo académico*.⁴² En tanto su aproximación a los gobiernos progresistas de América Latina está mediada por el concepto badiouano de *evento*—"algo inesperado, impredecible, radicalmente contingente y sobredeterminado, que no obstante abre toda una nueva serie de posibilidades"—,⁴³ Beverley consideraba que la preocupación de los estudios latinoamericanos debía ser la de cómo ser *fiel* a dicho evento.⁴⁴

De allí que el apotegma leninista operara como visibilizador de un conflicto en lo que respectaba al vínculo entre trabajo intelectual y realidad política: "¿contribuye lo que hacemos a una crítica necesaria y renovadora de las nuevas posibilidades, o más bien en nombre de una radicalización más profunda y auténtica, no obstaculiza esa posibilidad y llega, en algunos casos, a hacer una causa común con la oposición burguesa?"⁴⁵ En este sentido, Beverley leía en el concepto de poshegemonía un modo de aproximación a la realidad latinoamericana que no atiende la complejidad de la implementación de un nuevo orden político, en el que el Estado es un espacio necesario en la disputa por el cambio. Por ello, dicho concepto no sería más que una expresión más de la impaciencia milenarista y pequeñoburguesa por la inminencia del comunismo.⁴⁶

Esta misma idea de desfasaje entre una interpretación de la realidad latinoamericana mediada por el concepto de poshegemonía y las particularidades de la coyuntura política del continente se expresa en dos de las lecturas más interesantes que

Posthegemony", **TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Culture Production of the Luso-Hispanic World**, University of California, Vol. 5, N° 1, 2015, pp. 9-35. Para una primera recepción de dicho concepto, ver Jorge Alvarez Yágüez, "Límites y potencial crítico de dos categorías políticas: *infrapolítica e impolítica*", **Política Común. A Journal of Thought**, University of Michigan, Vol. 6, 2014.

⁴² John Beverley. "El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia", **alter/nativas. revista de estudios culturales latinoamericanos**, Ohio State University, N° 1, otoño de 2013.

⁴³ *id.*

⁴⁴ Posición ya esbozada por Beverley en su libro **Latinamericanism after 9/11**. Durham, Duke University Press, 2011.

⁴⁵ John Beverley. "El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia", *op. cit.* Referimos a la reactivación de una cisura en los estudios culturales estadounidenses en tanto esta misma advertencia había sido realizada por Beverley a propósito de la publicación de **The Exhaustion of Difference**. En aquella ocasión, Beverley postulaba la necesidad de una mirada sobre América Latina que se ubicara más allá de un latinoamericanismo metropolitano y de un latinoamericanismo latinoamericano autocomplaciente. Desde esta posición, que era cifrada en términos de un latinoamericanismo subalterno, el deconstruccionismo era visto como una tendencia analítica que sólo podía establecer relaciones de *solidaridad* con las luchas concretas desarrolladas en América Latina, ver: "Deconstrucción y latinoamericanismo. Notas sobre *The Exhaustion of Difference* de Alberto Moreiras", **Actual Marx**, LOM Ediciones/Universidad Arcis, N° 3, Primer Semestre 2005, pp. 67-75.

⁴⁶ Si bien Beverley centraba su crítica al ultraizquierdismo académico en el trabajo de Beasley-Murray, dicha acusación se dirigía a un espectro más amplio entre los que pueden mencionarse los trabajos de Benjamin Arditi y John Holloway, los usos del concepto de multitud de Negri y Hardt, y la corriente del comunismo literario (configurada a través de la obra de Jean-Luc Nancy y Jacques Rancière, y cuyo referente más destacado es el investigador Juan Duchesne Winter).



se desarrollaron sobre el libro de Beasley-Murray. Por un lado, Guillermo Ricca enmarca a **Poshegemonía** en una discusión más amplia acerca de los vínculos entre Althusser y Gramsci, la recepción de Deleuze y Guattari en los estudios culturales, y la actualidad de Gramsci en América Latina.⁴⁷ La lectura de Ricca se desenvuelve en dos planos. Por un lado, advirtiendo cuáles son los usos de Gramsci implicados en la propuesta de Beasley-Murray. A su entender, la concepción de hegemonía como la noción de que el Estado mantiene su dominación por medio del consenso de los dominados, así como la secuencia que liga hegemonía con ideología y creencia compartida, no hacen más que ocultar el hecho de que en Gramsci la noción de hegemonía opera junto a conceptos tales como *revolución pasiva*, *bloque histórico*, *guerra de posiciones* o *reforma intelectual y moral*. Esta lectura se detiene, por otra parte, en las implicancias de la utilización de conceptualizaciones deudoras de Deleuze y Guattari en el análisis de la historia latinoamericana y, especialmente, de la tradición política populista del continente. A decir de Ricca, la postulación del afecto en oposición a la ideología y la línea de fuga frente a la captura estatal conlleva tanto una deshistorización de la complejidad del rol del Estado en la política latinoamericana como una clausura del igualmente complejo fenómeno populista.⁴⁸ En este sentido es posible poner en sintonía la lectura desarrollada por Ricca con las reflexiones de Bruno Bosteels acerca del lugar ocupado por Gramsci en el pensamiento radical contemporáneo.⁴⁹ De acuerdo a Bosteels, los ejercicios de relectura del corpus gramsciano, entre los que se destaca el libro de Beasley-Murray, comparten la indiferencia hacia los itinerarios teóricos-políticos de la obra de Gramsci en América Latina.⁵⁰ Así como la lectura de Thomas no da lugar a las experiencias gramscianas no europeas, como la del subalternismo sudasiático o la del gramscianismo latinoamericano, y la de Chibber no menciona a los teóricos subalternistas latinoamericanos, como Silvia Rivera Cusicanqui o Ileana Rodríguez, la de Beasley-Murray pasa por

⁴⁷ Guillermo Ricca, "Políticas de lo contemporáneo. Derivas de la *polémica Gramsci/Althusser*", **V° Coloquio Nacional de Filosofía**, Río Cuarto, Universidad de Río Cuarto, 2013, pp. 279-287.

⁴⁸ Ricca volvía afirmativa aquella pregunta de Beverley acerca del peligro de hacer causa común con la burguesía: "...las críticas al déficit normativo de la teoría de la hegemonía y al modo cómo esta teoría identifica el liberalismo con el orden burgués parecen indicar que Beasley-Murray se inclina por la política como negocio. En América Latina, es lo que reclaman las derechas", *ibid.*, p. 283. En esta misma clave de lectura cabe destacar el señalamiento de Yannis Stavrakakis sobre el esquematismo en el tratamiento del vínculo entre horizontalismo y hegemonía. Mediante de un interesante ejercicio de verificación de las tesis de Beasley-Murray a partir de las experiencias de la primavera árabe, Syriza y el kirchnerismo, el griego se pregunta si "en lugar de erigir una muralla entre horizontalismo y procesos hegemónicos, ¿no sería más productivo estudiar su interpenetración irreductible y las oportunidades y desafíos que ésta genera?", "Hegemony or Post-hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real", en A. Kioupiolis y G. Katsambekis (eds.), **Radical Democracy and Collective Movements Today. The Biopolitics of the Multitude versus the Hegemony of the People**, Farnham, Ashgate, 2014, p. 121.

⁴⁹ Bruno Bosteels, "Gramsci at the margins", **Radical Thought on the Margins**, Princeton University, Mayo de 2013.

⁵⁰ Los otros ejercicios atendidos por Bosteels son los citados en Peter Thomas, **The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism**, Londres, Brill, 2009 y Vivek Chibber, **Postcolonial Theory and the Specter of Capital**, Londres, Verso, 2013.

alto las producciones de los gramscianos latinoamericanos, los cuales precisamente tendieron a pensar menos con la categoría de hegemonía que con las de *revolución pasiva*, *transformismo* y *estado integral*. De cara a las limitaciones de estos ejercicios, la lectura de Bosteels se instala en los jalones fundamentales de la recepción gramsciana en América Latina a los fines de destacar la productividad de un trabajo de problematización del vínculo entre Gramsci y América Latina que resiste afirmaciones simplificadoras y posicionamientos apresurados.⁵¹

V.

Hemos señalado recientemente que las lecturas de Bosteels y Ricca se destacan por compartir la advertencia acerca de la significativa ausencia de los itinerarios gramscianos en la historia político-intelectual latinoamericana en unas discusiones que, precisamente, tienen a la realidad política del subcontinente como objeto privilegiado de reflexión.⁵² Afirmamos allí que se podrían proseguir estos parámetros de lecturas y preguntar cuán legítimo, y cuán productivo en términos interpretativos y políticos, resulta un planteo de problemas nodales de la historia latinoamericana, como la constitución del orden social o el desarrollo de experiencias políticas que intentaron modificarlo, desde un distanciamiento radical con el esfuerzo empeñado en el mismo sentido por generaciones de intelectuales y militantes políticos del continente. Es decir, qué legitimidad le depara y qué productividad auspicia un ejercicio de replanteo de la hegemonía en América Latina que no da cuenta del trabajo político-intelectual de un José Aricó, un Arnaldo Córdova, un Bolívar Echeverría o un René Zavaleta Mercado. En otras palabras, cómo discutir

⁵¹ Para calibrar la productividad de esta premisa más allá de la polémica con la poshegemonía, ver su libro **Marx and Freud in Latin America. Politics, Psychoanalysis and Religion in Times of Terror**, Londres, Verso, 2012. Junto a las reacciones de Ricca y Bosteels debe destacarse la lectura de Susana Draper, quien si bien comparte la misma aproximación cautelosa al concepto de poshegemonía, tiende a valorar la irrupción de dicha idea a los fines de llevar a cabo una relectura del marxismo latinoamericano. Es decir, por un lado, su lectura conlleva una advertencia acerca de la importancia de los planteos sobre la hegemonía en la tradición gramsciana latinoamericana. En un sentido más amplio, dicha advertencia participa de la sospecha de que la inflexión poshegemónica no le hace justicia al concepto de hegemonía y sus significados. Sin embargo, por otro lado, Draper considera que dicha inflexión constituye una posibilidad de pensar el concepto de hegemonía a través de un distanciamiento radical. Por este camino se postula una *hegemonía*, es decir una hegemonía tachada, que implica el sometimiento del concepto a una crítica extrema. El concepto de hegemonía no es abandonado a condición de suspender sus operaciones y conclusiones habituales. Esta operación lleva a Draper a proponer una indagación particular de los itinerarios marxistas latinoamericanos, entre los cuales resalta la producción de René Zavaleta Mercado alrededor de los problemas del *poder dual* y la *sociedad abigarrada*, "Genealogías intempestivas de la post-hegemonía: el marxismo crítico de los años sesenta latinoamericanos", **Post-hegemonía: el final de un paradigma de la filosofía política contemporánea en América Latina**, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

⁵² Marcelo Starcenbaum, "Gramsci, América Latina y la poshegemonía. Algunas reflexiones a propósito de *Nueve lecciones sobre economía y política* en el marxismo de José Aricó", **Política Común. A Journal of Thought**, University of Michigan, en prensa.

los problemas relativos a la hegemonía en las sociedades latinoamericanas, tan relevantes como el significado del populismo y el sentido de los nuevos movimientos sociales, sin un anclaje en el resultado de un trabajo de más de cincuenta años en pos de *traducir* a Gramsci a la realidad del continente.

Resulta indudable, sin embargo, que el libro de Beasley-Murray representa el punto de llegada de una serie de elaboraciones teóricas alrededor de la poshegemonía y de un conjunto de fructíferas utilidades de aquel concepto en el análisis de diversos fenómenos políticos y culturales del continente. Esta constatación revela que el paradigma poshegemónico goza de legitimidad en el campo de los estudios latinoamericanos y que ha contribuido a renovar de manera significativa los parámetros interpretativos del estudio de problemas fundamentales de la realidad latinoamericana.⁵³ En este sentido, una vez advertida la genealogía gramsciana en América Latina como el *blak hole* de las discusiones en torno a la poshegemonía, una operación de lectura centrada en la persistencia de la oposición entre el paradigma poshegemónico y los itinerarios de Gramsci en el continente sólo conduciría a clausurar el diálogo con una incipiente tradición intelectual que hace descansar sobre la realidad latinoamericana una gran parte de sus desarrollos teóricos. Por ello, en la senda abierta por las lecturas de Ricca y Bosteels pero con el objetivo de evitar una superposición entre los debates teóricos de los estudios latinoamericanos y la historia intelectual latinoamericana, intentamos conectar ambos registros mediante la problematización de algunos núcleos argumentales de Beasley-Murray a partir de las recientemente editadas **Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo** de José Aricó.⁵⁴

Si un replanteo de los problemas relativos a la hegemonía en el seno de los estudios latinoamericanos debe confrontar legítimamente con la obra de Laclau, y una reconstrucción de los mismos problemas en los marcos de la historia intelectual latinoamericana debe remitir necesariamente a los itinerarios teóricos y políticos de Gramsci en América Latina, nos preguntamos qué nos devuelve la obra de los gramscianos latinoamericanos cuando le formulamos las mismas preguntas que la poshegemonía le formula al paradigma laclauiano. Este mecanismo de interrogación nos ha conducido a la problematización de dos de los parámetros analíticos a través de los cuales Beasley-Murray interpreta el vínculo entre marxismo, hegemonía y populismo. En primer lugar, la postulación del populismo como elemento atractivo y seductor para una práctica política desorientada por el declive del marxismo. De acuerdo con esta explicación, la crisis experimentada por el marxismo en la década de 1970 habría derivado en posicionamientos teóricos que conciben a la hegemonía como única forma posible de la política y contribuyen a ocultar otros modos de ordenamiento de la lucha política. Al sustituir la política por la hegemonía y evitar el problema del

⁵³ Especialmente en lo relativo a la refutación de los postulados de la *opción decolonial*.

⁵⁴ Material que reúne las clases dictadas por Aricó en el Colegio de México en 1977.



Estado, la teoría de la hegemonía no sería otra cosa que una antipolítica. En segundo lugar, la caracterización de la teoría de la sociedad civil como factor dinamizador de un contexto signado por la crisis del socialismo real, el surgimiento del neoliberalismo tecnocrático y el escepticismo frente a la política. Según esta interpretación, el arraigo del discurso de la sociedad civil en América Latina en la década de 1980 habría implicado la valorización de la esfera de mediación entre el Estado y el mercado, lo privado y lo público, lo universal y lo particular. Al contribuir a mantener la ficción del pacto social, la teoría de la sociedad civil no sería otra cosa que una herramienta de gubernamentalidad.

El reciente repaso realizado por Anne Freeland del *giro gramsciano* en América Latina proporciona un vector que facilita la conexión entre la discusión teórica acerca de la poshegemonía y los itinerarios teóricos y políticos de Gramsci en el continente.⁵⁵ Como bien demuestra Freeland, muchas de las operaciones de renovación teórica implicadas en la lectura de Gramsci desarrollada en América Latina hacia fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1980 coincidieron con algunas de las transformaciones de la teoría social contemporánea. Al respecto, la autora advierte la compatibilidad existente entre la traducción de Gramsci hacia la tesis de la democracia como valor universal, tal como se formula en los trabajos de Carlos Nelson Coutinho, con la jerarquización de la sociedad civil y la promoción de los movimientos sociales, tal como se desarrolla en la obra de Jean Cohen y Andrew Arato. Señalamiento sumamente significativo, en tanto son precisamente los trabajos de Cohen y Arato a los que remite Beasley-Murray a fines de constatar la consolidación de la tesis de la sociedad civil como factor dinamizador de un contexto signado por la crisis política. Es por ello que puede afirmarse que, en cierto sentido, algunos de los parámetros de historización que sustentan el paradigma poshegemónico son claramente trasladables a la historia intelectual latinoamericana. Efectivamente, la mayoría de los ejercicios de relectura de Gramsci llevados a cabo por intelectuales latinoamericanos durante la década de 1980 estuvieron mediados por la centralidad del discurso de la sociedad civil. En un contexto en el que se conjugaban los ejercicios de revisión del marxismo-leninismo y los procesos de transición a sistemas políticos democráticos, la tradición gramsciana se ligó estrechamente a operaciones de valorización de la esfera de mediación entre el Estado y el mercado, lo privado y lo público, lo universal y lo particular. De este modo, al igual que para la teoría social contemporánea, en la historia intelectual latinoamericana las formulaciones en torno a la sociedad civil contribuyeron a mantener la ficción del pacto social constituyéndose, por lo tanto, en herramientas de gubernamentalidad.

Sin embargo, una lectura de las **Nueve lecciones de economía y política en el marxismo** nos ha permitido delimitar un posicionamiento teórico y político distinto de aquel con el cual confronta la propuesta poshegemónica. Si bien Aricó atravesó hacia fi-

⁵⁵ Anne Freeland, "The Gramscian Turn: Readings from Brazil, Argentina and Bolivia", **A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina**, North Carolina State University, Vol. 11, N° 2, invierno de 2014, pp. 278-301.



nes de la década de 1970 la misma coyuntura que el resto de los gramscianos latinoamericanos, las conclusiones por él extraídas de la crisis teórica del marxismo y de la derrota de las experiencias de izquierda en América Latina, resultaron claramente disonantes con las tendencias predominantes en el registro discursivo de la época. En su caso, tal como hemos advertido, el trabajo crítico sobre la tradición marxista-leninista está condicionado a la configuración de una izquierda capaz de desarrollar una política efectivamente emancipatoria. Dicha tarea, en la cual Aricó se permite un rescate de Lenin frente a la desviación soviética y un regreso a Bernstein de cara al doctrinarismo marxista, está ligada de manera indisoluble a la formulación de una política radical que no renuncia a un horizonte revolucionario. Si bien Aricó participará de aquella inflexión en la tradición marxista caracterizada por el énfasis en la necesaria autonomía de la política, este movimiento no implicará necesariamente la relocalización de la dinámica política transformadora en los movimientos sociales ni el desplazamiento hacia la problemática de la gobernabilidad. Del mismo modo, la reflexión teórica alrededor del problema de la hegemonía se enmarca en un esfuerzo por contribuir al desarrollo en el seno de las izquierdas de una práctica política capaz de interrumpir el carácter reproductivo del sistema capitalista. Este trabajo, que en un sentido retrospectivo intentaba disociar las aproximaciones gramscianas a la cultura popular de las de la tradición leninista, se vinculaba con el establecimiento de las condiciones para el desarrollo de una política revolucionaria en la que la creación de una nueva conciencia fuera entendida en términos de reformulación de elementos preexistentes. Desarrollada en el mismo contexto señalado críticamente por el paradigma poshegemónico, la intervención de Aricó constituye un ejemplo de redimensionamiento de la política y de concepción de la hegemonía que no se corresponde con la sustitución de la política o con el ocultamiento de otros modos de ordenamiento de la lucha política.

Asimismo, la indagación sobre itinerarios como el de Aricó permite establecer una genealogía teoría y política de América Latina que permite echar luz sobre algunos aspectos generados por del concepto de poshegemonía. Retomando la lectura de Ricca, es evidente la afinidad que existe entre una lectura de la historia latinoamericana en clave de la poshegemonía y una mirada marcadamente negativa de la actual coyuntura política del continente. Si, como afirma el propio Aricó, la historia intelectual es algo más que una simple operación arqueológica destinada a engrosar la historia de las ideas, la reconstrucción de los itinerarios gramscianos en América Latina puede contribuir a desatar algunos de los nudos que aprisionan los debates teóricos de los estudios latinoamericanos. En el caso de Aricó, Gramsci es el nombre de una posición político-intelectual que entiende la intervención política en términos de *construcción*, es decir, que no reniega de los cambios políticos progresivos a condición de mantener siempre un horizonte emancipatorio. Es por ello, que hacia fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, el declive del comunismo y la transición a regímenes democráticos estarán acompañados por una concepción gramsciana de la hegemonía que empuja la lucha política hacia

las contradicciones internas de las instituciones capitalistas. En este sentido, un ejemplo como el de Aricó nos deja ver que, de cara a la actual coyuntura política latinoamericana, quizás no sea necesario elegir entre el *ultraizquierdismo* o *ganar elecciones*.

Finalmente, no deja de ser sintomático el hecho de que, hasta la publicación del presente *dossier*, el impacto de la discusión sobre la poshegemonía en círculos académicos y militantes latinoamericanos haya sido casi nulo. Frente a la tendencia a ver en dicho desfasaje la pervivencia de ciertos elementos arielistas en las izquierdas latinoamericanas, los cuales llevarían a sus intelectuales a desconfiar de las producciones de los estudios latinoamericanos desarrollados en Estados Unidos, nos hemos preguntado si un incipiente paradigma interpretativo que hace descansar gran parte de sus argumentos en el análisis de la realidad latinoamericana no se enriquecería estableciendo vínculos con la historia del pensamiento crítico del continente. Moreiras ha respondido a estos argumentos resaltando la no correspondencia entre los tiempos del pensamiento y los tiempos de la política, así como remitiendo la historia del marxismo latinoamericano a un problema de *archivo*.⁵⁶ Es decir, dando a entender que no merece ninguna reflexión el hecho de que existan afinidades entre las formulaciones poshegemónicas y las apuestas políticas que tienden a erosionar la legitimidad de los gobiernos progresistas latinoamericanos. No deja de llamar la atención, al respecto, la indiferenciación entre regímenes estatales populistas y neoliberales que subyace en sus argumentos, al igual que en los de Williams y Beasley-Murray. De igual modo, el desinterés de los intelectuales de izquierda latinoamericanos por la discusión en torno a la hegemonía se explicaría por la pervivencia de la teoría de la hegemonía como *nec-plus-ultra* de la práctica política. Por otro lado, esta respuesta sugiere que la indagación en los itinerarios político-intelectuales del marxismo latinoamericano no tiene un sentido más que filológico. Disociación que torna irrelevante la advertencia de *black holes* en la historización que sustenta la propuesta poshegemónica. Siguiendo este supuesto, un planteo acerca de aspectos fundamentales del orden social latinoamericano no encontraría en los trabajos de marxistas latinoamericanos más que textos históricos. Quizás sean estas insistencias, precisamente, las que alimenten reacciones especulares a la poshegemonía como la que se cifra en la intervención de Beverley.

⁵⁶ Alberto Moreiras, comunicación personal, noviembre de 2014.



Entre Negri y Laclau

Los límites de la multitud

Rodrigo Nunes*

En una intervención reciente, Antonio Negri desliza un interrogante que expresaría el diferendo teórico esencial que lo separa del pensamiento de Ernesto Laclau: "¿Es posible y deseable que subjetividades sociales heterogéneas se organicen espontáneamente, o deben estar organizadas previamente?".¹ Quienes tengan familiaridad con ambos autores reconocerán con facilidad en la primera alternativa la postura de Negri, y en la segunda la de Laclau. Por su parte, en una reseña de **Imperio** Laclau también presentaba el diferendo en términos de una disyuntiva: "o bien se afirma la posibilidad de una universalidad que no es políticamente construida y mediada, o bien se afirma que toda universalidad es precaria y depende de una construcción histórica a partir de elementos heterogéneos".² Y continuaba:

¿Cuáles son las condiciones para la eliminación de cualquier forma de representación? Obviamente, la eliminación de cualquier tipo de asimetría entre sujetos políticos actualmente existentes y la comunidad en general. Si la *volonté générale* es la voluntad de un sujeto cuyos límites se confunden con los de la comunidad, no hay necesidad de ninguna relación de representación.³

En definitiva, ambos autores plantean la divergencia en términos de una disyuntiva fundante entre inmanencia (Negri) y trascendencia (Laclau).

Dicho resumidamente, lo que me gustaría argumentar aquí es que, si estas disyuntivas logran identificar correctamente la distancia que separa estas dos posturas teóricas (y las consecuencias prácticas que de allí se siguen), no agotan el campo de posi-

ciones posibles. En otras palabras, seguir a Negri no es la única manera de no seguir a Laclau, y ser laclauiano no es el único modo de no ser negriano. Más importante aún, me interesa defender la idea de que es posible estar a favor de la contingencia, la precariedad y la inevitabilidad de la construcción política desde una posición de inmanencia. La llave que abre esta posibilidad es una investigación de los *límites* de la concepción negriana de multitud en un doble sentido: las limitaciones del concepto en general, pero específicamente las limitaciones que se revelan en el momento en que se intenta demarcar las fronteras que separan la multitud de su Otro: la *potestas*, el poder constituido, la transcendencia, el Imperio.

Se trata así de explorar la posibilidad de un *tertium non datur* que se insinúa en la cita que abre este texto alrededor del deslice o hesitación de Negri entre "posible" y "deseable", esto es, entre registros en los que es posible distinguir un nivel descriptivo y otro prescriptivo, uno analítico y otro político. Es cierto que es teórica y políticamente legítimo indagar sobre la posibilidad y la deseabilidad de la ausencia de mediación; pero es igualmente necesario reconocer que las dos preguntas no necesariamente coinciden. Evidentemente, una de las formas que el deseo puede adquirir es la naturalización de lo que se quiere prescribir. Lo podemos ver, por ejemplo, en la manera en la que conservadurismo y liberalismo buscan apoyarse en una concepción de la naturaleza humana como dato cognoscible e inalterable que tornaría cualquier prescripción que le fuera contraria simultáneamente peligrosa (por arbitraria) e inocua (por finalmente ineficaz). Por otro lado, una prescripción opuesta a lo actualmente existente también puede manifestarse como naturalización u ontologización de lo que se desea; de allí la idea, común al anarquismo y a un cierto tipo de marxismo humanista, de una naturaleza humana virtuosa siempre-ya presente, inevitablemente dispuesta a expresarse toda vez que los obstáculos a esa expresión (alienación, competición, capitalismo, Estado) sean eliminados.

* Departamento de Filosofía, Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC-Rio), Brasil.

¹ Antonio Negri, "Egemonia: Gramsci, Togliatti, Laclau", **EuroNomade**, 2015. Disponible en www.euronomade.info/?p=4956.

² Ernesto Laclau, "Can Immanence Explain Social Struggles?", **Diacritics**, Vol. 31, N° 4, 2001, p. 5.

³ *Ibid*, p. 6.